

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 25 DE ABRIL DE 1909

NUMERO 69



## EL FANTASMA ACUSADOR

CONCLUSIÓN

Algunas veces mamá advertía la falta, y él, por miedo á una regañina ó á encontrarse con algún mojicón de los contundentes, negaba ser el autor del escamoteo, mintiendo con todo el descaro posible. Las criadas llevábanse las culpas y los regaños, sin que á las infelices les sirviese para justificarse protestas ni lágrimas. Marieta salía siempre más cul-

Ayuntamiento de Madrid

pada que ninguna otra, porque, aun á sabiendas de quién era el goloso, no se atrevía á descubrirle porque no castigasen á su querido señorito.

Aquel día mamá puso el grito en el cielo al buscar en el aparador un hermoso cartucho de almendras garrapiñadas de las auténticas de Alcoy... En el paquete no había dejado el señorito Julio más que una media docena... Y eso por puro remordimiento, que lo que es por ganas... ¡Cuidado si eran riquísimas las tales almendras!

En ocasiones análogas, mamá conformábase con dirigir una severa admonición á las que consideraba culpables del gulusmeo, pero en este día la cosa tomó un rumbo mucho más grave.

Marieta, aunque puso á Dios y á todos los santos por testigos de su inocencia, fué despedida. Ya no podía tolerarse la repetición de aquel escandaloso hurto.

La pobrecilla se marchó llorando como una Magdalena, repitiendo entre sollozos sus protestas... Se acercó á su querido señorito y le dió un beso.

Y el señorito Julio, hecho una mala persona, presenció impávido aquel dramático desenlace.

Ya sabéis por qué causa Julio no podía en aquella noche conciliar el sueño; éste huye siempre de los que han cometido una mala acción.

---

A pesar de que el sol lucía esplendoroso, Julito sentíase por la mañana presa de los mismos terrores é inquietudes que en la noche precedente.

Al salir de clase de la Universidad, habló de lo que le ocurría á Eduardo, un amigo íntimo suyo, compañero del «segundo de latín».

Eduardo, que poseía lo que tan raro es encontrar en los adolescentes, una rectitud de juicio admirable, dijo á su camarada:

—Chico, en todo lo que me cuentas no hay otro fantasma ni otro duende que tú mismo; es decir, tu conciencia que se rebela contra lo que has hecho, produciéndote ese saludable terror de que te quejas. Para que desaparezca del todo, es preciso que repares esa mala acción que has cometido impensadamente por miedo al castigo que merecías.

—¿Y como arreglamos esto?—preguntó Julio confuso.

—De una manera sencillísima. ¿Tú sabes donde vive Marieta...?

—¡Ya lo creo...! Muchos domingos he ido con ella á casa de sus padres sin que mamá se enterara...

—Pues á esa casa vamos á ir ahora mismo.

—¿Y á qué vamos á esa casa, hombre...?—preguntó Julio con recelo y curiosidad.

—Eso pronto has de saberlo.

Y Eduardo, cogiéndose del brazo de su amigo, le dijo:

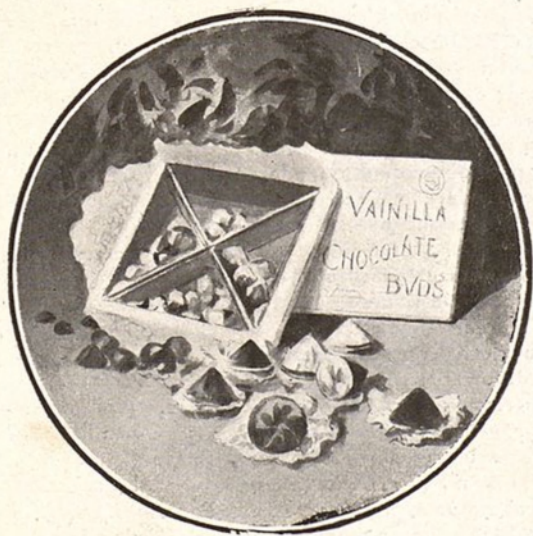
—Aligera el paso, porque las buenas obras deben hacerse sin perder un momento.

Grande fué la sorpresa de la excelente señora al ver entrar en el gabinete á su hijo, acompañado de Marieta, y más grande aún fué su gozo al ver á su adorado Julio que, puesto de rodillas, y pidiéndola perdón, la suplicaba recibiese de nuevo á la pobre Marieta, injustamente acusada de un delito que él solamente había cometido.

La mamá, haciendo un poderoso esfuerzo para reprimir las lágrimas que el noble proceder de su hijo le arrancaban, admitió á la simpática niñera y dió un cariñoso abrazo de perdón á Julio, el cual aquella noche durmió como los bienaventurados.

El fantasma acusador de la conciencia cedió su puesto al bendito Angel de la Guarda, que es el que vela el sueño de los que practican el bien en la vida.

D. LARRU.





## MARGARITA LA MIMADA

(CONTINUACIÓN)

¡Dárselas á una chiquilla  
en calidad de muñecas!  
Y por si no era bastante,  
piensas deshacerte de ellas,  
mandándolas al convento.

VÍCT. Es necesario que sepas  
que para obrar de este modo  
habrá razones muy serias.

PEDRO. Lo que sé es que soy su hermano  
mayor. La Naturaleza  
y las leyes me conceden  
su protección y tutela,  
por lo cual vengo á libraros  
de una carga que os molesta,  
y á devolverlas su rango  
de hermanas y no de siervas.  
*(Margarita, que ha vuelto á  
entrar muy despacito y se ha ido  
acercando á Pedro, le dice enton-  
ces con mucho mimo.)*

MARG. Tito Pedro, yo no quiero  
estar sin ver á Clemencia  
ni á Blanca, porque me aburro.

PEDRO. ¿Pues no tienes tantas quejas?

MARG. Es que estoy muy aburrída,  
y quiero que me diviertan.

PEDRO. Esta á lo menos es franca.  
*(Rosalia y Victor están contra-  
riados, sin saber qué decir.)*

MARG. Di que las abran la puerta.

PEDRO. ¿La puerta? ¡Están encerradas!  
*(Toca el timbre.)*

¡Dios mio, conque están presas!  
*(A Rosalia.)*

Ni hija, ni hermana, ni madre  
sabes ser.

ROSAL. ¡Pedro!

VÍCT. No ofendas  
de ese modo...

### ESCENA III

DICHOS y PASCUAL

PASC. *(En la puerta.)* ¿Los señores  
han llamado?

PEDRO. Sí. Que vengan  
las señoritas.

PASC. Tengo orden  
de que no...

PEDRO. Quien manda en ellas  
ha dispuesto ya otra cosa.  
¿Lo entiendes?

PASC. *(Se inclina, y dice aparte, mien-  
tras sale con Pedro.)*

¡Bendita sea  
tu boca! Este las rescata,  
¡y ole con ole, morena!

ESCENA IV

ROSALÍA, VÍCTOR y MARGARITA

ROSAL. ¡Ay, Víctor! ¡Si tendrá Pedro razón!

VÍCT. Hija, Pedro está excitado con las cartas que le han escrito. Le habrán contado exageraciones de todo. Mas ya verá...

ROSAL. No, no, Víctor. Lo que dice de nuestra madre es verdad. ¡Me encargó tanto la pobre a mis hermanitas...!

VÍCT. ¡Bah!  
Y tú has cumplido su encargo con toda fidelidad. ¿Les ha faltado algo en casa? Lo que hay es que ellas ven mal que quieras a Margarita, y por envidia quizá la han tomado con la pobre nenita. Pedro dirá lo que quiera, equivocado y sentido como está; pero en cuanto reflexione...

ROSAL. Quien debe reflexionar somos nosotros. Acaso hemos ido muy allá en juzgar a mis hermanas con tanta severidad.

VÍCT. ¿Ves? ¡Así sois las mujeres! Estábamos hartos ya de una situación que nadie la podría tolerar, tomamos una medida enérgica, y... claro está, al ir a ponerla en práctica, puede tu cariño más. Ahí tienes. ¡Bastó que Pedro se decidiera a invocar el recuerdo de tu madre, para que tu voluntad se venga al suelo! Pues bueno, todo se puede arreglar. No has de encontrar por mi parte la menor dificultad.

¿Tú quieres que tus hermanas se queden? No se hable más. A Pedro se le promete, con toda sinceridad,

tratarlas en adelante con más blandura y con más... A Margarita se advierte cómo se debe portar con ellas, y a ellas también se les manifestará que se espera que se porten con más amabilidad respecto de Margarita... ¡Se arregla todo, y en paz!

ESCENA V

DICHOS, BLANCA, CLEMENCIA y PEDRO

PEDRO. Entrad, entrad, hermanitas, y no tengáis ningún miedo.

MARG. ¡Ay, qué gusto! Ya están sueltas. Ahora sí que jugaremos y me coseréis los trajes de la muñeca..

PEDRO. Sospecho que eso no va a ser posible.

MARG. ¿Por qué?

PEDRO. ¡Porque me las llevo! Porque eres mala con ellas.

MARG. Yo, no; es mamá. (A Clemencia y Blanca.) ¿Yo os encierro?

PEDRO. No; pero vas con mentiras a tu mamá, y ella luego...

ROSAL. Blanca, Clemencia, la niña tiene razón. Yo no quiero que ella cargue con mis culpas. Yo la tengo, yo la tengo; pero yo os suplico ahora que os quedéis en casa.

BLAN. Temo...

ROSAL. No temas; yo te respondo de la niña. (A Margarita.)

¿Verdad, cielo, que las vas a querer mucho?

CLEM. (Aparte a Pedro.)

Blanca es débil, y estoy viendo que va a ceder. ¡No nos dejes!

PEDRO. A pesar de tus deseos, Rosalía, yo no cambio de opinión.

ROSAL. ¿Qué dices, Pedro?

PEDRO. Digo, hermana, que prometes lo que no has de cumplir luego, pues tu ceguera de madre no se cura en un momento.

(Continuará.)

## EL CAZADOR CAZADO

Con la caja del hurón al costado y con el morral á la espalda, salió Antolín del pueblo y se encaminó á un monte cercano. Era ya de noche y una densa obscuridad borraba todos los objetos sumergiéndolos en un mar de tinieblas. Antolín avanzaba, canturreando entre



dientes, por un camino estrecho y pedregoso, y á lo mejor se salía de él para cortar terreno, metiéndose entre los campos cubiertos de olivos que la brisa besaba con apacible murmurio. De esta manera notardó una hora en llegar al monte, y al ver en él un cartelito que anunciaba ser terrenovedado, una mefistofélica sonrisa animó su rostro, al mismo tiempo que murmuraba:

—¡Mi maña y mi habilidad me dispensan de la veda...!

En seguida comenzó á caminar con el mayor silencio. Había que burlar á dos enemigos: los conejos, que al sentir ruido desde sus guaridas, suelen abandonarlas, y los guardas, que tenían fama de vigilantes y astutos. Evitaba, pues, escurrirse y apoyar los pies en peñascos movedizos, agarrarse á las ruidosas carrascas y atravesar los gárrulos jarales, y sólo caminaba ligero y un tanto descuidado cuando la suerte le deparaba algún pradecillo de suave y menudo césped, en el cual se apagaba el rumor de sus pasos como en mullida alfombra. Para favorecerle más en su excursión, la luna se alzó blanca y pálida en el cielo, y su plateada luz esclareció

las tinieblas reinantes haciendo palidecer á las estrellas. Antolín, que no esperaba otra cosa, empezó á escudriñar el suelo. Hurgaba con un palo entre los matojos, entre los bien olientes tomillos y entre las altas retamas, y en cuanto veía un agujero, se echaba sobre él y lo examinaba con detenimiento.

Varias veces había realizado infructuosamente esta operación, cuando al fin encontró lo que buscaba. Al pie de una robusta encina, entre las retorcidas raíces que medio descubiertas serpeaban por el suelo, abría sus bocas una madriguera. Antolín la examinó con ansiedad y al ver sus entradas sin hojas secas y removida la tierra y fresco el excremento en las inmediaciones, respiró con satisfacción y alegría. ¡Los infelices y descuidados conejos estaban dentro...! Al momento empezó á colocar en las bocas las redes, y tapadas todas las salidas, soltó por la principal el blanquecino hurón, cuyo largo y delgado cuerpecillo desapareció como si se lo tragara la tierra. No sería pasado mucho tiempo cuando el cazador sintió un rumor sordo. ¡Eran los conejos que, sorprendidos por el hurón, despertaban y corrían por sus intrincadas galerías, huyendo de las mordeduras de su enemigo...!

—¡Bravo, hurón! ¡Muy bien!—masculló Antolín entre dientes.

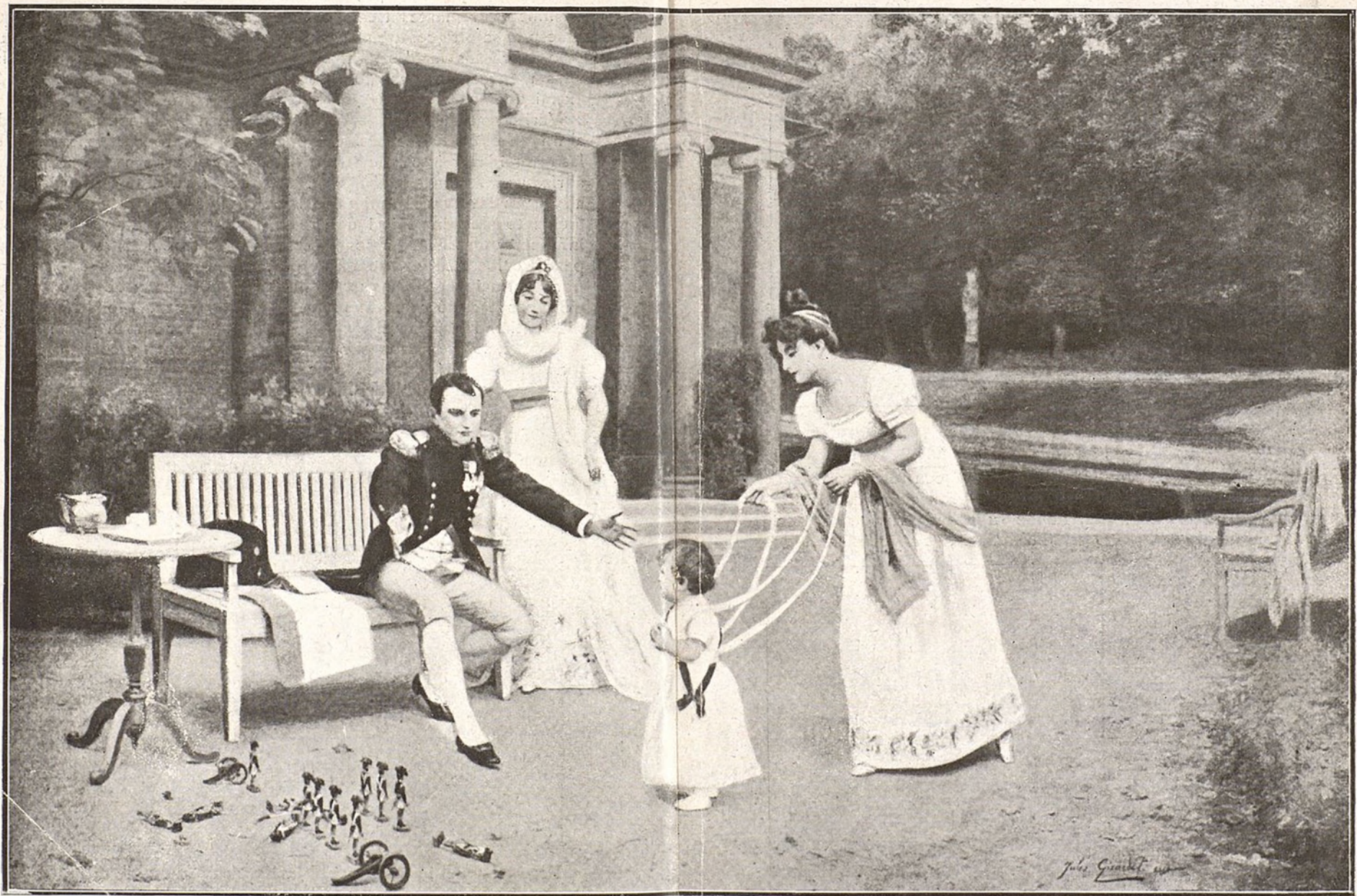


Pero en aquel instante oyó el infeliz una voz que le dijo:

—¿Qué tal marcha la caza...?

Y frente á él, por encima de un jaral en flor, vió alzarse la escueta figura del tío Antón, el guarda, con la banderola al pecho y el mohoso escopetucho en la mano derecha, rasgada la enorme boca por una risilla irónica...

José A. LUENGO.



### LOS PRIMEROS PASOS DEL REY DE ROMA, CUADRO DE GIRARDET

Este rey, que no llegó á reinar, fué Napoleón II, hijo del famoso Emperador francés y de María Luisa de Austria. Al nacer, le fué concedido el reino, del que se vió privado cuando la abdicación de su padre. Pero

el Emperador le educaba para rey, formándole los ejércitos de juguete que tanto entusiasman á todos los niños, aun cuando no sueñen con un trono.

Ayuntamiento de Madrid



## LILIPUT EN PARIS

Un empresario activo y original ha tenido la ocurrencia de reunir trescientos enanos de uno y otro sexo y de nacionalidades diferentes, para exhibirlos en París, donde su llegada fué un acontecimiento. Para que la exhibición esté en carácter, se ha construido una ciudad, naturalmente pequeña, con casas de tamaño apropiado para sus moradores. La ciudad no carece de nada; tiene su iglesia, sus teatros, sus cafés y sus comercios, y el que la visite sentirá una impresión parecida á la de Gulliver en el famoso país de Liliput.

Entre los enanos más curiosos, deben citarse el turco Tom Thumb y su prometida la española Carmita, natural de Málaga, que tiene ya sus veintiséis añitos. ¡Mirad qué parejita hacen, y cómo discuten con el cochero para que les rebaje el precio de la carrera en proporción al peso que ha de transportar.



Ayuntamiento de Madrid



## LAS BONDADES DE NINI

XXIII

Ya van á ver ustedes cómo yo tengo razón siempre, y también cuando digo que soy más buena que todos y más también que Piluca. ¿Se acuerdan de lo repreciosa y retebonita que estaba con el traje de máscara? Pues decía que no la gustaba, que la parecía que hubiera estado mejor con otro, que ella quería uno de flor; ¡qué tonta!

—Anda, pues quítate el traje de tórtola—la dije yo—y dámele, ya verás cómo yo no soy remilgosa.

¡Y luego dicen que yo soy mala! Aquel día, cuando me fuí, resultó que *Sultán* y el hermano de Piluca se enfadaron conmigo; ¡sí serán simples! Total, por casi nada. Estaban él y el perro juntos, tirados en el suelo, formando un castillo muy precioso con tarugos de madera; *Sultán* miraba á su amito con mucha atención y meneando una atrocidad el rabo. A mí se me ocurrió pensar que el perro movía el rabo al mismo tiempo que el niño movía la mano, y me dieron unas ganas atroces de parar aquellas dos cosas, y como ya saben ustedes que no me gusta pensar las cosas mucho rato, fuí y ¡zas!, pegué un brinco y puse un pie en la mano del chico y otro en el rabo del *Sultán*. ¡Vaya un lío! No se sabía quién chillaba más fuerte, si el niño ó el perro; ¡qué escandalosos! Claro, ¿qué había de suceder? En seguida llegaron corriendo la mamá de Piluca y la mía, y la *miss* y Piluca. Mamá me riñó mucho, y me dijo:

—¡Ya iba siendo demasiado milagro para ti no hacer ninguna atrocidad! ¡Dios mío, qué niña!

Y la *miss* fué y con un tonillo muy raro añadió:

—¡Me parece que Nini debe tener algún diablito en la tripa, como tuvo una niña que yo conozco!

—¡Anda, por eso me la apretaría D. Manuel!—contesté.

El caso es que se armó un gran jaleo, y que Piluca estuvo conso-

Ayuntamiento de Madrid

lando á su hermano y al perro, y que mamá y yo nos fuimos á casa. Mamá se lo contó todito á los abuelos y á papá. ¡Luego dicen que yo soy habladora, y resulta que ellos no saben callarse nada!

.....  
¡Vaya! ¡Vaya! Por fin empezaron los preparativos para llevarme al convento; me hicieron ropa, y un día, en el coche, papá, mamá y los abuelitos y yo nos fuimos. Papá llevaba así las cejas muy enfurruñadas; mamá lloraba un poquito y los abuelines también, y decían:

—¡Es una crueldad, sí, señor, una crueldad quitarnos á nuestro bebé, que es la única alegría nuestra.

—¡Pero si es un horror de travesía!—contestaba papá,—y nunca se corregiría si no hiciésemos esto.

—¡Pero es atroz para nosotros el no poderla ver ni de noche ni de día!

—¿Por qué no os venís conmigo de colegialas, abuelitos?

Ellos se echaron á reír mucho; yo iba la mar de contenta dando besos á todos, y diciéndoles:

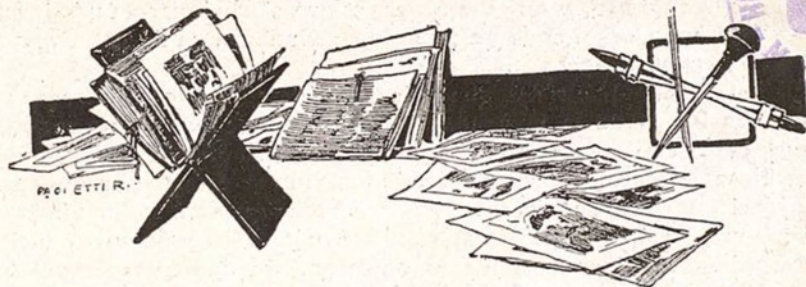
—¿Vendréis mucho á verme? Abuelitines, ¿queréis que diga á las monjitas que os dejen estar conmigo? ¡Estaríais preciosos con el traje del colegio, y como lleváis siempre bombones en los bolsillos, las niñas os querrían mucho! ¿Me traeréis juguetes? ¿Cuándo me sacaréis del colegio? Si me divierto no me dará la gana salir. ¿Vendrá Piluca? Y ahora que pienso... ¿por qué ella no ha estado en colegio! Decirla que traiga á su hermanito y á *Sultán*, y les decís que ya no los pisaré más, y que quiero que vengan á jugar conmigo. ¿Habéis estado vosotros ya en el convento? ¿Sí? ¿Le habéis visto por dentro? ¿Es grande? ¿Tiene jardín? ¿Hay muchas niñas? ¿Son guapas las monjitas? ¿Me llevarán á paseo? ¡Hombre, eso se me había olvidado preguntaros! Porque si no salgo á paseo, no me da la gana quedarme en el colegio; ¡no faltaba más! ¡Anda salero, ya se me olvidaba otra cosa! Los juguetes. ¿Me habéis traído todos los juguetes que tenía en casa? Porque si no me dejan juguetes, tampoco me da la gana quedarme en el colegio. ¿Pero no me contestáis á nada? Parecéis tontos. ¿En qué estáis pensando?

—¡Ay!—dijo mi papá.—En que me parece que lo primero que van á tener que hacer las monjitas es ponerte un bozal, Nini.

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



Ayuntamiento de Madrid



## EL GRABADO

Cuéntase que el inventor del grabado fué un artifice florentino, llamado Maso Finiguerra, que vivió en el siglo xv. Tenía éste la costumbre de conservar el diseño de los dibujos con que adornaba los objetos que construía, dejando impresa su huella en azufre fundido, y un día, al hacer esta operación con un adorno grabado, cuyos trazos contenían una capa de color negro, observó que sobre el azufre quedó impresa una huella muy parecida á un dibujo hecho á pluma. En seguida se le ocurrió que, dando una capa de color á los trazos huecos de un grabado y oprimiendo sobre ellos un pergamino, debía salir impreso en éste el dibujo hecho; pero como operaba al principio con un color cualquiera, el procedimiento no le daba resultado, y de experiencia en experiencia, ocurriósele preparar el color negro con aceite, y vió entonces que esta tinta se conservaba muy bien sobre el pergamino y sobre el papel algo húmedo, pudiendo así producir estampas que tenían toda la finura del grabado hecho con buril.

Aunque varios otros artífices utilizaron la idea de Finiguerra, no obtuvo el desarrollo que era de esperar, indudablemente por causa de la imperfección del procedimiento; tanto es así, que algunos autores atribuyen á Mantegua el descubrimiento del grabado, sin hablar para nada de lo hecho por aquél, por lo que cabe suponer que Finiguerra se limitó quizá á reproducir grabados de adornos, mientras que Mantegua convirtió en arte lo que el otro inventó, y se lanzó á hacer grabados en que se copiaban obras de los artistas más famosos.

Los alemanes quieren recabar para sí la invención del grabado, y la atribuyen á Martín Schœn, del cual se conserva una estampa que está fechada en 1440; pero el hecho de que el grabado de Finiguerra sea de 1452 no quiere decir que la del Museo de Louvre sea precisamente la primera obra de ese artifice, que pudo haber comenzado muchos años antes sus ensayos para reproducir dibujos por medio del grabado. Por otra parte, Schœn tenía treinta y dos años en 1452 y Montegua sólo veintidós, y las obras que ambos han reproducido revelan una maestría muy superior á tan poca edad.

Lo que es cierto, y no cabe negar, es que si Finiguerra pudo inventar el grabado, Mantegua y Schoen lo convirtieron en un arte de grandísima importancia.

Una de las dificultades que más debió detener á los primeros grabadores fué la de la inversión de la imagen que querían reproducir, pues claro está que al calcar un dibujo sobre la plancha todo lo que en él se ha puesto aparece invertido cuando se stampa en el papel; es decir, que lo que se dibujó á la derecha queda á la izquierda, y viceversa, y si se escribió un rótulo ó una fecha sale reproducida al revés. Este inconveniente lo obviaron, sin duda, empleando un espejo, sobre el cual se reflejaba el dibujo que se quería grabar, cuya imagen copiaban sobre la plancha de metal.

El grabado puede hacerse sobre metal, sobre madera, sobre piedras y sobre cristal.

El metal más usado para grabar ha sido siempre el cobre rojo. Antes de estar en condiciones para grabarlo, tiene que someterse á una preparación muy minuciosa con objeto de que quede bien plano. Luego se le barniza, para lo cual se pone sobre la plancha una cantidad de barniz sólido, y colocando aquélla al fuego se consigue que el barniz se funda, procurando que cubra por igual todas las partes de la plancha, á cuyo fin se extiende luego con una muñeca para que la capa de barniz sea lo más delgada posible y muy lisa. Después se invierte la plancha exponiéndola á la acción de una vela de sebo, por ejemplo, para que se recubra de una capa de negro de humo.

Hecha esta operación, se calca sobre el negro de humo el dibujo que se quiere grabar, para lo cual se fija encima de la plancha el papel en donde se ha dibujado, y una vez que los trazos han quedado señalados se va pasando por ellos un buril de acero cuya punta sea muy fina, sin que deba en ningún caso ahondarse en el cobre, es decir, que hay que dibujar sobre la plancha sin más esfuerzo que el necesario para que el barniz desaparezca dejando el cobre al descubierto. Una vez transportado el dibujo sobre la plancha, se quita el barniz y queda aquélla en condiciones de darle la tinta y hacer la tirada.

El grabado al agua fuerte consiste en que, una vez dibujada sobre el barniz la figura que se quiere reproducir, se echa ácido nítrico encima de la plancha, y éste penetra en todos los sitios en donde se quitó el barniz y hace el oficio del buril.

En el grabado en madera se prepara la plancha extendiendo sobre ella una capa de blanco, y con buriles se va levantando la madera en los sitios por donde pasan los trazos del dibujo que se quiere reproducir. El grabado en madera no tiene ni puede tener la finura del grabado en metal, que también se llama *talla dulce*.

En el grabado sobre piedras se emplea, según la dureza de éstas, el polvo y la punta de diamante, y en el que se hace sobre cristal se usa el ácido fluorhídrico, el cual ataca los sitios no recubiertos por la capa de barniz.

## ¡BUENA CORRIDITA!



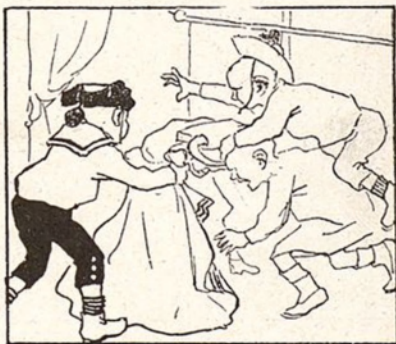
Juanito, Pepe y T.odoro  
deciden jugar al toro.



El picador se prepara,  
y va á poner una vara.



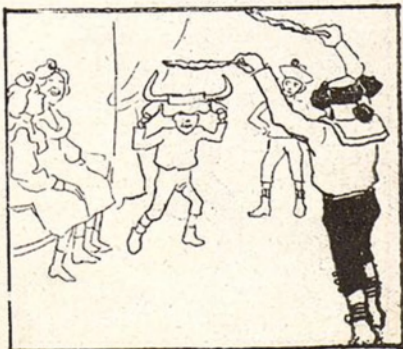
Juanito, como un peón,  
prepara la reunión.



Se arranca el toro, acomete,  
y echa por tierra al jinete.



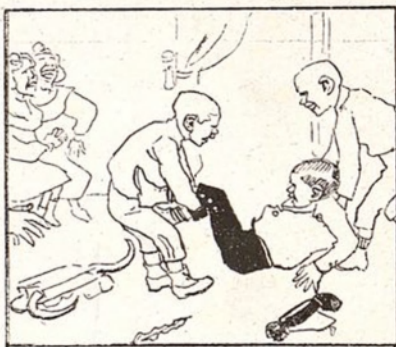
Después del lance oportuno,  
ríe Juanito, el muy tuno.



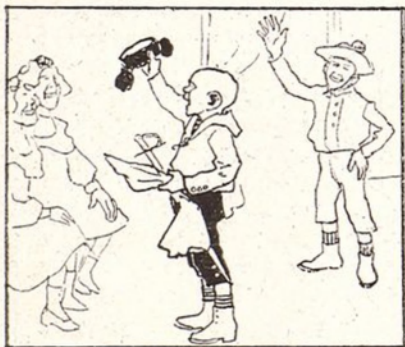
Luego comienza á citar,  
para poner un buen par.



Mas el toro, que es muy fiero,  
voltea al banderillero.



Para apreciar la cogida,  
se le llevan en seguida.



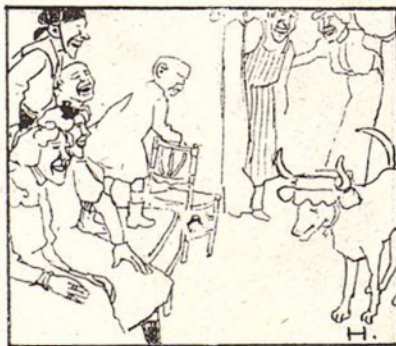
De matador, ya curado,  
larga el brindis obligado.



Mientras en serio lo toma,  
le preparan una broma.



Y al ver salir á otra fiero,  
corre la gente torera.



Pero viendo que es el chucho,  
todos se divierten mucho.